

# EL QUINTO SOL

GRANO DE SAL



UNA  
HISTORIA  
DIFERENTE  
DE LOS AZTECAS

CAMILLA  
TOWNSEND

*El quinto sol*

# El quinto sol

*Una historia diferente de los aztecas*

CAMILLA TOWNSEND

Traducción de  
Mario Zamudio Vega



GS<sup>o</sup>

Primera edición, 2021

© Oxford University Press 2019 | *Fifth Sun. A New History of the Aztecs* was originally published in English in 2019. This translation is published by arrangement with Oxford University Press. Libros Grano de Sal, SA de CV, is solely responsible for this translation from the original work and Oxford University Press shall have no liability for any errors, omissions or inaccuracies or ambiguities in such translation or for any losses caused by reliance thereon.

Traducción de Mario Zamudio Vega

Diseño de portada: León Muñoz Santini y Andrea García Flores

D. R. © 2021, Libros Grano de Sal, SA de CV

Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo, 11200,

Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México

[contacto@granodesal.com](mailto:contacto@granodesal.com) | [www.granodesal.com](http://www.granodesal.com)  GranodeSal

 LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-99099-7-0

# Índice

Agradecimientos

Glosario

Notas sobre la terminología, la traducción y la pronunciación

Introducción

1. La senda de las siete cuevas | *Antes de 1299*
2. Los pueblos del valle | *1350 a 1450*
3. La ciudad en el lago | *1470 a 1518*
4. Unos extraños para nosotros de aquí | *1519*
5. Una guerra para acabar con todas las guerras | *1520-1521*
6. Los primeros días | *1520-1560*
7. La crisis: los indios responden | *Década de 1570*
8. Los nietos | *1570 a 1630*

Epílogo

Apéndice | *Cómo se ha estudiado a los aztecas*

Notas

Bibliografía

Créditos de ilustraciones

*A Luis Reyes García  
y Rafael Tena,  
dos gigantes*

## Agradecimientos

Como bien lo sabían los aztecas, nadie logra nada solo. Sin duda, debo mi capacidad para escribir este libro a los cientos de personas cuya vida ha influido en la mía a lo largo del camino: aquellos que me criaron y me amaron, me educaron o estudiaron conmigo, trabajaron a mi lado como colegas o compartieron sus conocimientos sobre la América Latina temprana. La lista es tan larga y la influencia tan variada que en ocasiones me parece abrumador tan sólo pensar en ello. Por favor, sepa cada uno de ustedes que siento la gratitud que les debo y que, como los mexicas — hoy conocidos más frecuentemente como aztecas—, espero pagar mi deuda con el universo con la forma en que vivo mi vida y con los esfuerzos que hago en nombre de las personas del futuro.

Hay dos grupos de personas que me ayudaron mucho en este proyecto y cuyos nombres debo registrar individualmente. Un grupo está formado por los especialistas en náhuatl cuyo trabajo hizo posible esta obra. Dedicué el último libro que publiqué a dos gigantes intelectuales recientemente fallecidos, James Lockhart y Luis Reyes García, cuyas traducciones de textos en náhuatl formaron la piedra angular de gran parte de mi propia obra; en esas páginas, también hice patente mi agradecimiento a las fallecidas Inga Clendinnen y Sabine MacCormack. Desde entonces, he pensado que no debería esperar a que la gente pase al otro mundo para expresar mis deudas en voz alta. Vaya mi agradecimiento más profundo a Michel Launey y Rafael Tena, dos hombres modestos que han hecho

contribuciones impresionantes con su trabajo en náhuatl; ustedes me recuerdan a Nanahuatzin, aunque espero sinceramente que no sientan que su trabajo es un sacrificio.

El otro grupo comprende a los intelectuales mexicanos — maestros, profesores, investigadores, escritores, editores y cineastas— que en los últimos años han acogido personalmente mis contribuciones y me han ofrecido las suyas, enriqueciendo así, sin medida, este libro. Agradezco humildemente (en orden alfabético) a Sergio Casas Candarabe, Alberto Cortés Calderón, Margarita Flores, René García Castro, Lidia Gómez García, Edith González Cruz, María Teresa Jarquín Ortega, Marco Antonio Landavazo, Manuel Lucero, Héctor de Mauleón, Erika Pani, Rodrigo Reyes, Ethelia Ruiz Medrano, Marcelo Uribe y Ernesto Velázquez Briseño; la combinación en todos ustedes del orgullo por su herencia, su apertura hacia los demás y su perspicacia intelectual me ha inspirado más de lo que puedo expresar.

No debo parecer artificialmente poética y dejar de mencionar las cuestiones del sustento diario; sin duda, los mexicas nunca habrían sido tan ingenuos. Hace algunos años, la American Philosophical Society me concedió una beca que me permitió viajar para visitar la Biblioteca Nacional de Francia y ver el trabajo de don Juan Buenaventura Zapata y Mendoza. Me entró el gusanillo y, desde entonces, me he dedicado al estudio de los anales en náhuatl. Más recientemente, una beca de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation y un año sabático que me concedió la Universidad de Rutgers me permitieron hacer la investigación necesaria sobre el género del xiuhpohualli. Un premio Public Scholar del National Endowment for the Humanities me permitió dedicar todo un año a escribir, sin tener que dar clases.

La investigación no habría sido posible sin los años de arduo trabajo llevado a cabo por miembros de las instituciones que salvaguardan los anales y otros textos

importantes. Varios de ellos me hicieron sentirme bienvenida a lo largo de los años: la Biblioteca y el Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en la ciudad de México, la Biblioteca Nacional de Francia, la British Library, la biblioteca de la Universidad de Upsala en Suecia, la Biblioteca Pública de Nueva York y la biblioteca del American Museum of Natural History.

Agradezco a mi familia por ser quienes son. Cynthia, mi hermana, y Patricia, mi cuñada, son las mujeres más valerosas: sus hijos y nietos hablarán de ustedes con amor y admiración. John, mi pareja, y Loren y Cian, mis dos hijos, me han hecho sentir orgullosa de conocerlos, porque han enfrentado los desafíos de la vida: a lo largo de los años, ustedes tres me han compartido con muchos otros — estudiantes, unos padres que envejecían, hijos adoptivos anteriores y los personajes históricos que viven en mi mente —, pero ustedes son mis seres queridos más preciosos, siempre.

# Glosario

La mayoría de los siguientes términos proviene originalmente del náhuatl (N) o del español (E).

**acolhuas** (N). Grupo étnico de habla náhuatl que habitaba el territorio al oriente del gran lago, en la cuenca central de México, en los siglos xiv y xv. El grupo abarcaba varios altepeme distintos, incluidos el conocido como Texcoco y una ciudad en el sitio de Teotihuacan.

**altépetl** (pl. **altepeme**) (N). Término náhuatl para toda entidad étnica, política y territorial, sin importar cuán grande haya sido, pero que se usaba con mayor frecuencia para referirse a una entidad étnica local. Una aproximación sería nuestra noción de “ciudad-Estado”.

**anales** (E). Término europeo para un tipo de registro histórico de alguna cultura mediante un recuento año por año (a diferencia de una crónica, que presenta ciertos hechos o ciertas personas). Los estudiosos han utilizado este término para referirse al xiuhpohualli de los nahuas.

**audiencia** (E). El tribunal superior de Nueva España, que residía en la ciudad de México. En ausencia de un virrey en funciones, era el concejo de gobierno de la Nueva España.

**aztecas** (N). Gentilicio derivado del nombre del sitio mítico de Aztlán dado a los mexicas y popularizado por investigadores muy posteriores a su época.

**cabildo** (E). Cualquier ayuntamiento organizado al estilo español. Se usaba para referirse al concejo indígena local que gobernaba los asuntos internos de su comunidad.

**cacique.** Palabra indígena arawak o caribeña con el significado de “gobernante”, utilizada a menudo como el equivalente de tlatoani. Con el tiempo, la palabra se usó para describir a cualquier persona indígena prominente de un linaje noble.

**calli** (N). Literalmente, “casa” u “hogar”. A menudo, una metáfora importante de las entidades políticas más grandes. También era uno de los cuatro nombres rotativos de los años.

**calpulli** (N). Literalmente, “gran casa”. Una parte constituyente clave de un altépetl. Podríamos pensar en un barrio político combinado con una parroquia religiosa.

**chalchihuite** (N). Piedra verde preciosa, traducida al español como “jade”. Los nahuas valoraban sumamente la gema y, por lo tanto, servía como una metáfora de aquello muy querido.

**chichimecas** (N). Literalmente “pueblo de perros”. Utilizado en náhuatl para referirse a los pueblos “salvajes” o nómadas que no eran agricultores y vivían sobre todo de la caza. Los mexicas se sentían orgullosos de su herencia chichimeca.

**chinampa** (N). Parcela artificialmente elevada y construida en aguas poco profundas para la agricultura intensiva.

**cihua** o **cíhuatl** (N). Literalmente “señora, mujer o dueña”, pero con muchos significados integrados: una *cihuapilli* era una mujer noble o incluso una mujer diosa. *Cihuacóatl* (literalmente, “mujer serpiente”) era el título del funcionario de mayor rango y jefe de los ejércitos del huey tlatoani mexica.

**cofradía** (E). Hermandad religiosa laica. Fue establecida con frecuencia por los pueblos indígenas y africanos en la América Latina colonial para el apoyo mutuo en cuestiones como pagar los funerales.

**colhuas** (N). Grupo étnico que habitaba el centro de la cuenca central de México en el siglo xiv.

**doctrina** (E). Pueblo de indios recién convertidos en el que todavía no había parroquia.

**don/doña** (E). Tratamiento antepuesto al nombre propio. Aplicado por los nahuas durante el periodo colonial temprano únicamente a la nobleza de España y a su propia nobleza local de más alta condición.

**encomienda** (E). Concesión posterior a la conquista del derecho a recibir mano de obra y tributo de un altépetl indígena por medio de sus mecanismos existentes. Salvo unos cuantos casos, siempre fueron entregadas a españoles.

**frailes descalzos** (E). Orden mendicante cuyos miembros van completamente descalzos o sólo usan sandalias, símbolo de su voto de pobreza.

**fray** (E). Apócope de *fraile* que se usa como tratamiento delante del nombre propio.

**gobernador** (E). Gobernador y jefe del cabildo indígena. Al principio, la posición fue ocupada por los tlatoque, pero, más tarde, se celebraban elecciones entre todos los pipiltin o nobles. En ocasiones, se le llama “juez” o “juez gobernador”.

**guardián** (E). Prior de un establecimiento monástico.

**guerra florida** (N). Una especie de guerra ritual anterior a la conquista que consistía en simulacros de batallas que, en ocasiones, tenían como resultado la muerte. En náhuatl es *xochiyáoyotl*, de *xōchi-*, “flor”; *yao-*, “guerra”, y *-yō-* (derivativo).

**hue or huey** (N). Grande o grandioso. Puede referirse a un periodo de tiempo y, por lo tanto, a alguien o algo viejo o antiguo, y puede implicar un elevado estatus político. Un *huey tlatoani* es un jefe superior o supremo, un rey de reyes.

**macehualli** (pl. **macehualtin**) (N). Indígena del común. En ocasiones, los indígenas lo usaban para referirse a sí mismos como grupo, en oposición a los españoles.

**marqués** (E). Marqués, señor de una región fronteriza. Varios virreyes llevaron el título, pero, cuando los nahuas lo usaban sin un nombre específico, se referían a Hernán Cortés o a su hijo legítimo.

**mestizo** (E). Persona de ascendencia mixta, española e indígena.

**mexicas** (N). Grupo étnico que dominaba el centro de México en el momento de la llegada de los españoles. Ahora se les conoce con mayor frecuencia como aztecas.

**nahuas** (N). Indígenas que hablan el idioma náhuatl. Los mexicas, así como decenas de otros grupos de México, eran nahuas.

**náhuatl** (N). Lengua oficialmente dominante que se había convertido en *lingua franca* en el México central al momento de la llegada de los españoles.

**Nueva España** (E). Gran jurisdicción colonial que se centró en la ciudad de México e incluía gran parte del México actual.

**otomíes** (E). Grupo étnico cuyos individuos se dispersaron por varios lugares del centro de México. Los nahuas los consideraban “bárbaros”; probablemente tenían un reclamo previo sobre la tierra.

**pilli** (pl. **pipiltin**) (N). Noble indígena.

**pinome**. Hablantes del idioma pinotl, o popoluca, que vivían al oriente del valle central y tenían un reclamo previo sobre la tierra. Los nahuas los consideraban “inferiores”.

**pulque** (E). Bebida alcohólica hecha de savia fermentada del maguey.

**quauhpilli** (N). Literalmente “caballero águila”. Un noble en virtud de sus hechos o méritos, más que en virtud de su nacimiento. En ocasiones, se trataba de gente del común que ascendía después de su éxito en el campo de batalla o, en ocasiones, de nobles traídos de otros altepeme.

**Tacuba** (E). Término utilizado en español para referirse al altépetl tepaneca de Tlacopan.

**tecpan** (N). Literalmente, “lugar donde está el señor”. En un principio, el palacio de un tlatoani; después de la conquista, solía referirse a una casa comunitaria donde se reunían los indígenas.

**Tenochtitlan** (N). Originalmente, un pequeño pueblo establecido por los mexicas en un islote del lago de Texcoco y, finalmente, la capital de un gran altépetl. Después de la conquista, fue el sitio de la fundación de la ciudad de México. La gente de la ciudad se llamaba tenochca.

**tepanecas** (N). Grupo étnico de habla náhuatl que habitaba el territorio al occidente del gran lago de la cuenca central de México. El grupo contenía varios altepeme distintos, incluidos los conocidos como Azcapotzalco y Tlacopan.

**teuctli** (pl. **teteuctin**) (N). Señor, cabeza de una casa dinástica, con tierras y sirvientes.

**tlacuilo o tlahcuiloh** (pl. **tlacuiloque**) (N). Persona encargada de pintar o “escribir” imágenes o palabras. En la época colonial, podía utilizarse para referirse a un escriba.

**tlatoani** (pl. **tlatoque**) (N). Literalmente, “el que habla” y, de manera implícita, el que habla en nombre de un grupo. Gobernante dinástico de un altépetl. En ocasiones se aplicaba a una alta autoridad española, como el virrey.

**Tlaxcala** (N). Un gran altépetl en las afueras del valle central que no fue conquistado por los mexicas y sus aliados. Los tlaxcaltecas fueron de los primeros en aliarse con los españoles.

**tochtli** (N). Literalmente, “conejo”. A menudo se usaba como metáfora para referirse a la mala fortuna. También era uno de los cuatro nombres rotativos del año.

**Tollan** (N). Literalmente, “lugar de tules”, llamado a menudo Tula en español. Gran ciudad del centro de México. En las historias antiguas, el nombre solía referirse a una comunidad utópica del pasado lejano.

**topile** (N). Persona que ostenta un cargo, por ejemplo un gobernante. La palabra pasó fácilmente de la época precolonial a la colonial.

**totonacas** (E). Grupo étnico de las regiones montañosas y costeras del oriente de México que ahora habita en los actuales estados de Hidalgo, Puebla y Veracruz.

**Triple Alianza** (E). Solía referirse a la alianza del siglo xv entre las familias gobernantes de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan. En realidad, no existió una alianza formal ni una liga política, pero el entendimiento fue real.

**-tzin** (N). Sufijo náhuatl empleado con mayor frecuencia como honorífico, aunque en ocasiones simplemente buscaba transmitir el afecto por una persona o por un objeto de condición humilde.

**virrey** (E). Representante del monarca español en una región del Nuevo Mundo. Al principio, sólo había dos, el de la Nueva España y el de Perú.

**visitador** (E). Inspector. Los visitadores eran enviados regularmente por la corona española para investigar a los gobiernos locales de la América española, en un sistema de control y equilibrio de poderes.

**xiuhpohualli** (N). Literalmente, “cuenta de los años” o “cuenta anual”. Registro histórico tradicional utilizado por los nahuas para sus narraciones orales, transcrito con frecuencia en forma de textos escritos después de la conquista. Los estudiosos suelen llamarlos “anales”.

## Notas sobre la terminología, la traducción y la pronunciación

Transmitir la historia de un pueblo a personas ajenas a él en términos que la gente entienda y apruebe conlleva ciertos desafíos. En el caso que nos ocupa, incluso el nombre presenta una situación difícil, porque, técnicamente hablando, nunca hubo “aztecas”. Ningún pueblo se llamó a sí mismo de esa manera. Es una palabra que los eruditos comenzaron a usar en el siglo XVIII para describir al pueblo que dominaba el centro de México en el momento de la llegada de los españoles. Su uso resulta confuso a menudo, porque algunas personas emplean el término como lo hicieron los intelectuales de los siglos XVIII y XIX; otras lo usan para describir no solamente al grupo dominante, sino también a todos los que fueron gobernados por ellos, que incluyeron pueblos que se extienden por la mayor parte del centro de México y algunos otros que se dispersaron más ampliamente hacia el sur, hasta El Salvador. En este libro, el término *azteca* se usa para referirse al pueblo que dominó la región desde su altépetl, la ciudad-Estado de Tenochtitlan, así como a todos aquellos que vivían en la cuenca central y estaban estrechamente aliados con ellos.<sup>1</sup> A pesar de que la palabra *azteca* aparece en el título y en la introducción, donde se necesita como herramienta de comunicación, no la uso con mucha profusión en el resto del libro. Si me refiero al grupo étnico que llegó al poder, empleo la palabra que ellos usaban, *mexica*, y, si estoy hablando de sus aliados cercanos, también los llamo por el

nombre que ellos se daban; si me refiero a los pueblos diseminados por el centro de México que compartían un idioma y una perspectiva cultural, muchos de los cuales fueron conquistados por los propios mexicas, aunque no todos, los nombro como ellos se llamaban a sí mismos: nahuas. Utilizo el término *azteca* únicamente cuando hago el análisis de las percepciones posteriores de tiempos pasados; así, los lectores se enterarán de lo que generalmente se cree que fueron o hicieron los “aztecas”.

Hay un problema similar con todos los pueblos que vivieron en el continente americano mucho antes que otros. Con el tiempo, se han utilizado diferentes términos para referirse a ellos, algunos peyorativos, otros no. Hoy en día, los individuos pertenecientes a comunidades descendientes de diversas regiones suelen tener diferentes preferencias sobre cómo deberían llamarse: en Canadá, tienden a preferir la fórmula “naciones originarias”, mientras que, en México, el de “indígenas”; en Estados Unidos, algunos eligen “nativos americanos”, mientras que otros prefieren “indios americanos” o solamente “indios”. Cada grupo tiene razones históricas válidas para su preferencia; sin embargo, yo no elijo entre todos esos términos, sino que los uso de forma indistinta.

También hay innumerables decisiones que es necesario adoptar respecto de la traducción de las palabras. Cuando, por ejemplo, los mexicas deseaban que sus oyentes entendieran que una mujer de una familia noble provenía del linaje que daría origen a los herederos, la llamaban *inhueltiuh*, “su hermana mayor”. Ese término es problemático, por lo que pensé en sustituirlo por la palabra “princesa”, pero quienes conocen a los mexicas saben muy bien que en náhuatl no existe una palabra que signifique eso con exactitud. Otro ejemplo: cuando la gente se reunía por la noche para una celebración, los animadores les narraban su historia y la cantaban en secuencias variadas. Cuando escribo sobre esos historiadores, que también eran

artistas, en ocasiones me refiero a ellos como “bardos”, pero otros pueden optar por “narradores y cantantes de historias”; simplemente, no hay una solución perfecta para las cuestiones de ese tipo relacionadas con la traducción. Las notas al final del libro ayudarán a aquellos lectores que busquen una mayor especificidad.

Presentar los nombres de las personas en un idioma extranjero también puede ser difícil: la palabra *chimalxóchitl* no fluye con facilidad en las lenguas de los pueblos de lenguas europeas, por lo que un lector que batalle con el nombre puede perder el significado de la oración; sin embargo, si la muchacha se llamase simplemente Flor de Escudo, ¿quedaría atrapada en un mundo de nombres encantadores y poéticos?; ¿nos sentiríamos sutilmente superiores a ella si no se llamase Isabel o María? En este libro, intento dar solución al problema, moviéndome de un lado a otro entre los dos posibles nombres, pero siempre recurriendo a la traducción al español cuando el párrafo podría resultar desconcertante si no se hace así.

En lo concerniente a la pronunciación aproximada, tres reglas ayudarán a los lectores a pronunciar la mayoría de las palabras en náhuatl con relativa facilidad. Primera: la consonante *t/* se pronuncia suavemente. Segunda, cuando la *h* va seguida por la letra *u*, es muda: la intención es producir únicamente el sonido de la *u*. La palabra *náhuatl* ilustra ambas reglas. Tercera, finalmente, la letra *x* representa el sonido *sh* del inglés. Dado que el sonido *sh* es común en náhuatl, pero no en español, vale la pena recordar esa pauta. La gente que a menudo llamamos “aztecas”, por ejemplo, se llamaban a sí mismos “mexica”, que se pronuncia *me-shi-ka*, por lo que la palabra *xóchitl*, que significa “flor”, se pronuncia entonces *sho-chitl*. Para aquellos que deseen introducirse más a fondo en ese hermoso lenguaje, hay disponibles varios libros excelentes.<sup>2</sup>

Finalmente, como en el libro abundan las palabras en náhuatl transliteradas al español, se han escrito con las reglas de acentuación de esta lengua (respetando desde luego las sílabas tónicas en aquélla) y se han compuesto casi siempre en redondas y no en cursivas, como suele hacerse con los vocablos en otro idioma, para no producir una tipografía demasiado cambiante.

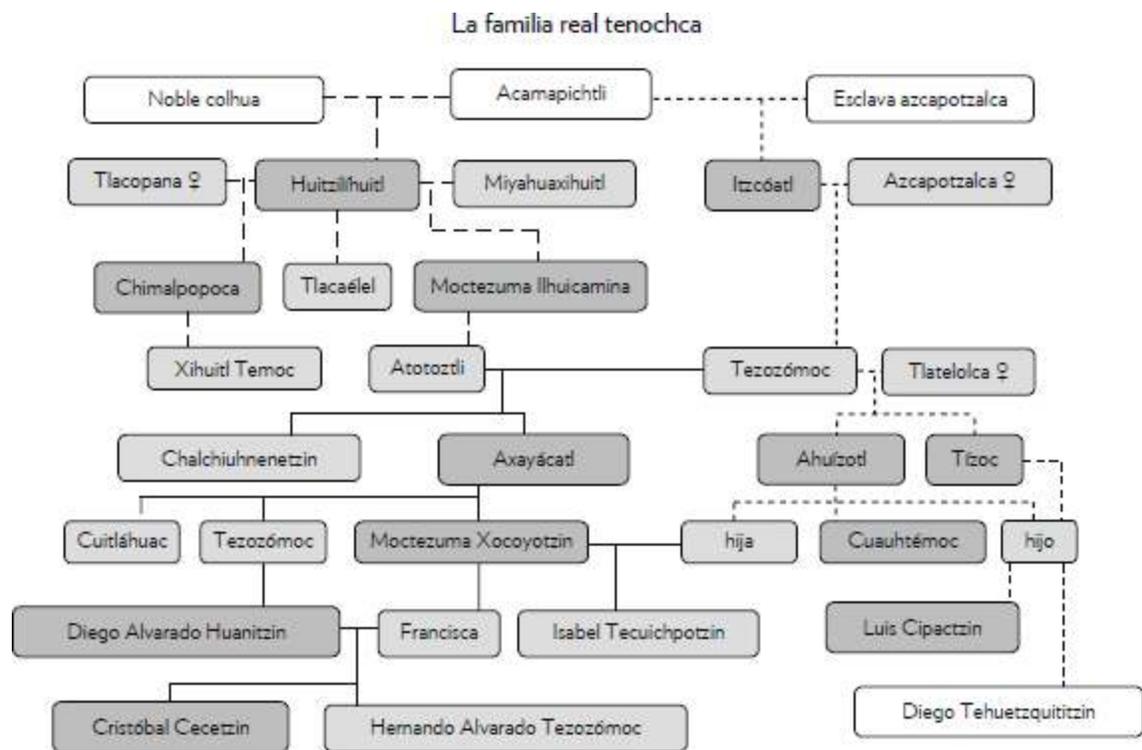


FIGURA 1. La familia real tenochca.

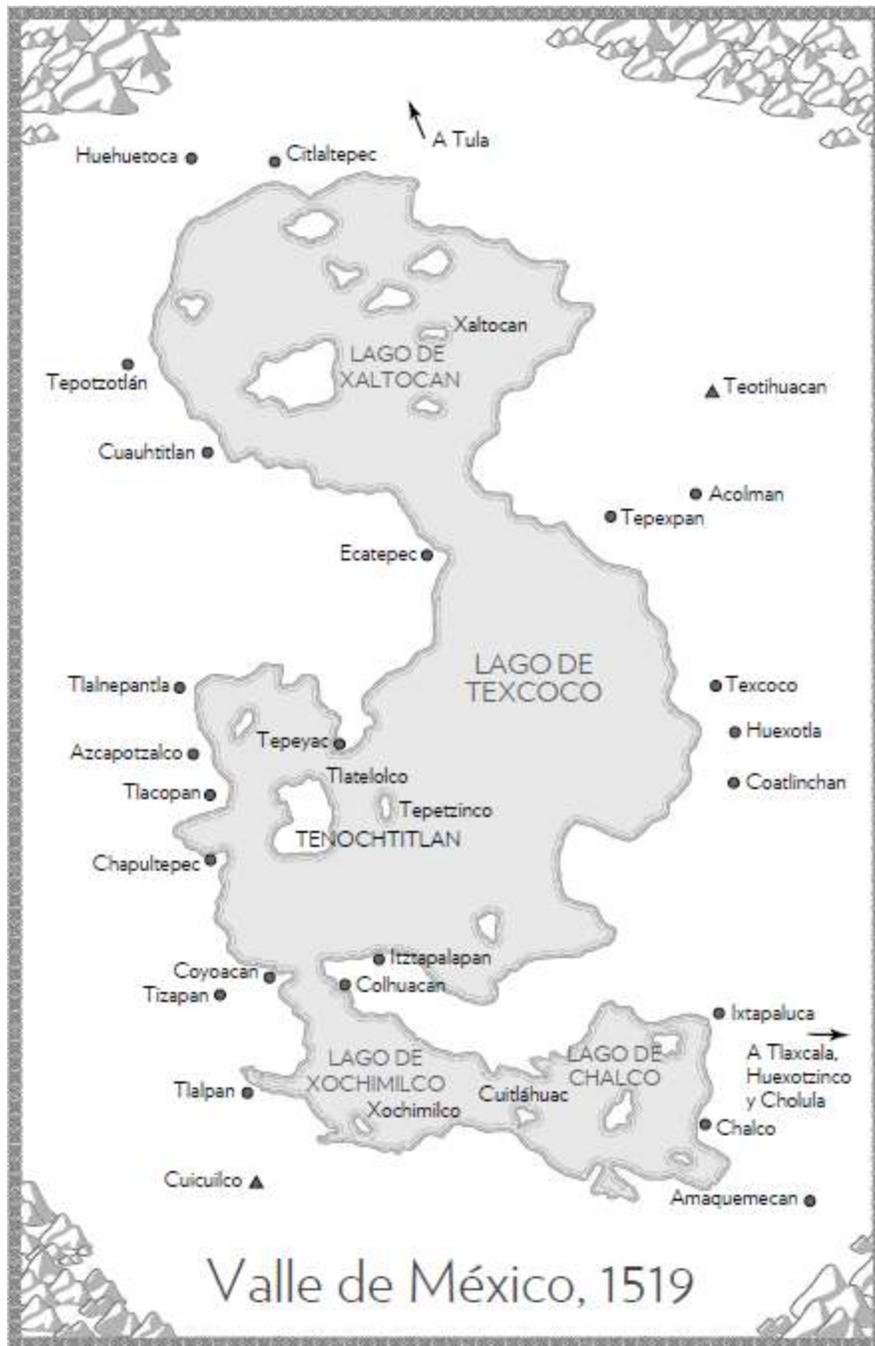


FIGURA 2. El valle de México en 1519.

# Introducción



*La pluma que se desplazaba sobre el papel crujió levemente y después emitió algo semejante a un chirrido, cuando de golpe fue arrastrada hacia atrás, en un ángulo extraño, para tachar una palabra. La tinta emborronó el papel. El escritor hizo una pausa; necesitaba pensar. Eso no era lo que había querido decir. Miró fijamente el pálido folio que yacía sobre la mesa de madera. El autor era un indígena mexicano descendiente de unos inmigrantes que alguna vez habían llegado de las desérticas tierras del norte, pero su vida era muy diferente de la de sus antepasados. Era el año 1612 y, al otro lado de la ventana, la luz del sol bañaba las calles de la ciudad de México, brillando contra los azulejos de colores, las aldabas de metal, las paredes de liso adobe. Las gentes, apresuradas, iban y venían, riendo y conversando, vendiendo sus productos, instando a sus hijos a apresurarse también, algunas en español, otras en “mexicano”, como llamaban los españoles al idioma de los indios. Dentro de su oscura habitación, don Domingo —o Chimalpahin, como se llamaba a sí mismo en honor de uno de sus bisabuelos— se sintió en paz. Estaba ocupado. Habían pasado casi 100 años desde la llegada de los españoles, pero los personajes que tenía en la cabeza habían vivido 300 años antes; los escuchaba en su imaginación: “Por favor”, suplicaba un tlatoani derrotado al hombre que lo había vencido: “Xicmotlaocollili yn nochpochtzin” [Ten piedad de mi hija]. El jefe habló en la lengua de los mexicas y don Domingo escribió sus palabras en ese idioma. Creía en el tlatoani derrotado, sabía que antes había vivido y respirado, algo tan cierto como que el propio Chimalpahin estaba vivo ahora. Su amada abuela, que había muerto apenas unos años antes, había sido una niña en los años inmediatamente posteriores a la conquista española; su infancia había estado poblada por ancianos que habían vivido su vida en otros tiempos, por lo que don Domingo sabía con cada fibra de su ser que esos tiempos no habían sido míticos. Se volvió para mirar su fuente, una envoltura con viejos papeles hechos jirones, en los que alguien más había descrito los acontecimientos muchos años antes. Trató de encontrar el lugar*

*correcto en medio de la densa escritura. Estaba cansado y pensó en detenerse por ese día, pero siguió adelante: su objetivo era nada menos que preservar la historia de su pueblo como parte del patrimonio mundial, y todavía tenía que escribir cientos de páginas más.*

Cuando desciende desde las vertiginosas alturas de una de las pirámides de México, el visitante casi espera sentir la presencia del espíritu de una princesa mexicana; una persona menos inclinada a viajar podría esperar que ocurriera una epifanía respecto de la vida de los antiguos mexicanos mientras visita un museo y contempla, a través del cristal, un asombroso cuchillo de pedernal, vuelto a la vida aparentemente por los ojos color turquesa que tiene incrustados, o mientras admira una diminuta rana dorada atrapada por el artista cuando el animal se preparaba para saltar. Sin embargo, nadie esperaría escuchar a una princesa mexicana burlándose de sus enemigos en las estanterías de una biblioteca; pero eso es exactamente lo que me pasó un día, hace unos 15 años.

Por lo general, se cree que las bibliotecas son lugares muy tranquilos, ya sea que alberguen estantes de libros antiguos, encuadernados en pergamino, o filas de computadoras; sin embargo, otra forma de pensar en una biblioteca es que se trata de un mundo de voces congeladas, capturadas y accesibles para siempre gracias a uno de los avances humanos más poderosos de todos los tiempos: la escritura. Desde esa perspectiva, una biblioteca se convierte de repente en un lugar muy ruidoso: en teoría, contiene fragmentos de todas las conversaciones que el mundo haya conocido; en realidad, no obstante, es casi imposible escuchar algunas de esas conversaciones; incluso alguien que intentara con desesperación distinguir lo que grita una *inhueltiuh*, una “hermana mayor” mexicana, una princesa, por ejemplo, generalmente tendría dificultades para hacerlo. La *inhueltiuh*, la hermana mayor, aparece en la cima de la pirámide, haciendo frente a un sacrificio

brutal, pero, por lo general, permanece en silencio. La voz que recubre la escena es la de un español, quien nos dice que está seguro de lo que la muchacha debe de haber pensado y creído. En lugar de las palabras de la inhueltiuh, escuchamos las de los frailes y los conquistadores, cuyos escritos se alinean en los estantes de la biblioteca.

Durante generaciones, aquellos que han querido conocer la vida de los antiguos indígenas americanos han estudiado los objetos descubiertos en las excavaciones arqueológicas y han leído las palabras de los europeos que comenzaron a escribir sobre los indios casi tan pronto como se encontraron con ellos. De esas fuentes, más que de ninguna otra, los académicos han extraído sus conclusiones y las han considerado justificadas; sin embargo, ha sido un esfuerzo peligroso que inevitablemente ha conducido a distorsiones. Para hacer una comparación, nunca se habría considerado aceptable afirmar que se entiende la Francia medieval si únicamente se tuviese acceso a unas cuantas decenas de excavaciones arqueológicas y cien textos escritos en inglés, sin ningún texto escrito en francés o latín; en el caso de los indios, no obstante, las normas que se han aplicado son diferentes.

La imagen que se tiene de los mexicas es espeluznante: los cuchillos de pedernal con ojos incrustados, las piedras de sacrificio, los *tzompantli* o hileras de calaveras, todo imprime en la imaginación unas imágenes imborrables. Hoy en día, los miramos y luego inventamos la escena que los acompañaba: la palabra hablada, la música y el contexto; imaginamos orgías de violencia, como la representada en la película *Apocalypto*. Los libros de texto presentan las mismas imágenes y enseñan a los jóvenes que los pueblos autóctonos más nobles esperaban ser liberados de un régimen de mucha crueldad; los libros escritos por los españoles del siglo xvi también alientan a los lectores a creer que las personas a las que los conquistadores

derrotaron eran extremadamente bárbaras, que Dios quiso el fin de su civilización porque comprendía todo lo que iba en contra de la naturaleza humana; incluso los textos escritos por unos observadores más comprensivos —los españoles que vivieron en una comunidad indígena y aprendieron el idioma— están llenos de condescendencia hacia un pueblo que nunca llegaron a comprender e interpretan los acontecimientos con base en una serie de expectativas europeas y, en el mejor de los casos, en consecuencia, consideran que las decisiones que los indios tomaron eran extrañas.

Los mexicas nunca se reconocerían en esa imagen de su mundo que se presenta en libros y películas. Se consideraban a sí mismos como personas humildes que habían aprovechado al máximo una situación difícil y habían demostrado su valentía y, por lo tanto, alcanzado su recompensa. Creían que el universo se había derrumbado cuatro veces anteriormente y que estaban viviendo bajo el quinto sol, gracias al valor extraordinario de un hombre común. Los ancianos contaban la historia a sus nietos: “Decían que antes que hubiese día en el mundo, que se juntaron los dioses [...] Dixeron los unos a los otros dioses.” Las divinidades pidieron un voluntario de entre los pocos seres humanos y animales que andaban a tientas en la oscuridad. Necesitaban a alguien dispuesto a inmolarse y, así, dar nacimiento a un nuevo amanecer. Un hombre que era muy engreído dio un paso adelante y dijo que lo haría. “¿Quién será otro?”, preguntaron los dioses, pero su pregunta fue contestada por el silencio: “Y ninguno dellos osaba ofrecerse a aquel oficio. Todos temían y se escusaban.” Los dioses llamaron a un hombre tranquilo que estaba sentado por ahí, escuchando; se llamaba Nanahuatzin. Él nunca se había considerado un héroe, pero aceptó la tarea de inmediato, porque los dioses habían sido buenos con él en el pasado. Los dos hombres se prepararon para el sacrificio: el orgulloso héroe recibió hermosos y

preciosos accesorios, pero Nanahuatzin sólo recibió baratijas de papel, cañas y agujas de pino. Por fin llegó el momento y el héroe se adelantó: “Y como el fuego era grande y estaba muy encendido, como sintió el gran calor del fuego, hubo miedo; no osó echarse en el fuego; volvióse atrás. Otra vez tornó para echarse en el fuego haciéndose fuerza, y llegándose detúvose [...], pero nunca se osó echar.” Los dioses se volvieron hacia Nanahuatzin y le dijeron: “Y como le hubieron hablado los dioses, esforzóse y, cerrando los ojos, arremetió y echóse en el fuego. Y luego comenzó a rechinar y respendar en el fuego, como quien se asa.” Después de que los dioses “estuvieron gran rato esperando, comenzóse a parar colorado el cielo, y en toda parte apareció la luz del alba”. Sin ostentación, Nanahuatzin hizo lo necesario para salvar la vida en la tierra.<sup>1</sup>

Los mexicas eran grandes narradores de historias y escribieron muchas de ellas en el siglo XVI, en los años posteriores a la conquista: los frailes españoles les enseñaron a los jóvenes mexicas a transcribir el sonido por medio del alfabeto latino y los jóvenes utilizaron esa nueva herramienta para poner por escrito muchas de las interpretaciones orales que hacían de su historia, aunque ésa no había sido la intención original de los españoles: los afanosos frailes les enseñaron el alfabeto a los niños para que pudieran estudiar la Biblia y los ayudaran a difundir los principios del cristianismo; no obstante, los estudiantes mexicas no se sintieron limitados en las maneras de aplicarlo. No se sorprendieron por el principio de la escritura, debido a que su gente ya tenía una tradición de símbolos pictográficos normalizados que habían empleado durante mucho tiempo para crear hermosos libros de hojas plegadas, algunos para que los sacerdotes hicieran sus vaticinios y otros para el uso de los funcionarios que mantenían los registros de los pagos de tributos y de los límites de las tierras. Ninguna de esas obras sobrevivió a las

hogueras de los conquistadores, pero el hecho de que alguna vez hayan existido resultó ser importante: los mexicas vieron de inmediato lo valioso que sería adoptar el nuevo sistema fonético: podrían usarlo para registrar cualquier cosa que quisieran y escribirla no solamente en español, sino también para representar el sonido de las palabras y oraciones en su propio idioma, el náhuatl.

En la intimidad de sus propios hogares, lejos de la mirada de los españoles, lo que los hablantes de náhuatl escribieron con mayor frecuencia fue su historia. Antes de la conquista, tenían una tradición llamada *xiuhpohualli*, que significa “cuenta del año” o “cuenta anual”, si bien los historiadores occidentales aplicaron a esas fuentes el término *anales*. En los viejos tiempos, los historiadores experimentados se ponían de pie y narraban la historia de su pueblo en reuniones públicas en los patios de los palacios y los templos; procedían cuidadosamente, narrando año tras año, y, en los momentos de mayor dramatismo, diferentes oradores se adelantaban para cubrir el mismo periodo una vez más, hasta que todas las perspectivas tomadas en conjunto daban la comprensión de toda la serie de acontecimientos. El patrón imitaba el formato rotativo y recíproco de todos los aspectos de su vida: en su mundo, las tareas eran compartidas o pasaban de un grupo a otro, de modo que ningún grupo tuviera que ocuparse de algo desagradable todo el tiempo o que a ninguno se le concediera un poder ilimitado siempre. En esas representaciones, se relataban por lo general historias que eran de interés para el grupo más numeroso: el surgimiento de gobernantes y, más tarde, su muerte (oportuna o inoportuna), las guerras que libraron y las razones de esas guerras, los fenómenos naturales notables y las celebraciones importantes o las horripilantes ejecuciones. Aunque había preferencia por ciertos temas, los textos difícilmente carecían de personalidad: diferentes comunidades y diferentes individuos incluían detalles

distintos. Los cismas políticos eran ilustrados por medio de un colorido diálogo entre los dirigentes de las diferentes escuelas de pensamiento. En ocasiones, los oradores incluso se deslizaban al tiempo presente al pronunciar las líneas de tales dirigentes, como si fueran actores de una obra de teatro, y, de cuando en cuando, hacían preguntas a voz en cuello a las que se esperaba que algunas personas de entre el animado público dieran respuesta.<sup>2</sup>

Después de la conquista, los jóvenes adiestrados en el alfabeto latino comenzaron a escribir lo que narraban varios ancianos, transcribiendo cuidadosamente sus palabras en papel y, después, almacenando los folios en un estante especial o en una caja bajo llave, otra innovación muy apreciada que los españoles habían traído. A medida que avanzaba la época colonial y cada vez menos personas recordaban los tiempos antiguos, el género se volvió más conciso, un simple registro anual de los principales acontecimientos; no obstante, los autores se aferraron con tesón al formato tradicional de año por año, que en general incluye el calendario del antiguo régimen, avanzando de la parte superior de la página a la parte inferior o, en algunas ocasiones, de izquierda a derecha, a lo largo de una extensa tira. El estilo desmintió el estereotipo de que los indígenas americanos necesariamente pensaban de manera cíclica, debido a que esos relatos siempre eran lineales, planteaban teorías de causa y efecto, ayudaban a los lectores u oyentes a comprender cómo habían llegado al momento presente y les enseñaban lo que necesitaban saber sobre el pasado para avanzar hacia el futuro. Algunos escritores eran descendientes de los propios conquistadores mexicas; algunos más, de los amigos y colegas de estos últimos, y otros, de sus enemigos. Don Domingo Chimalpahin, originario de la conquistada ciudad de Chalco, fue el más prolífico de esos historiadores indígenas: llenó cientos de páginas con una caligrafía muy clara y utilizó materiales que

otras personas habían escrito en tiempos más cercanos al momento de la conquista, así como las representaciones que la gente hacía para que él las transcribiera. Durante el día, trabajaba para los españoles en una de sus iglesias, pero, por las tardes, el tiempo era suyo.

Durante un tiempo excesivamente prolongado, poco se ha hecho con los *xiuhpohualli*, los anales: están escritos en una lengua que relativamente pocas personas pueden leer y su enfoque de la historia es muy diferente del de los occidentales, por lo que puede ser difícil entenderlos y, en consecuencia, han parecido preferibles otras fuentes, a partir de las cuales fueron escritos algunos libros excelentes;<sup>3</sup> no obstante, vale la pena considerar cuidadosamente las historias mexicas: recompensan la paciencia, tal como acostumbraban hacer los propios mexicas.

En los anales, podemos escuchar a los mexicas, que hablan, cantan, ríen y gritan. Resulta que el mundo en el que vivían no puede caracterizarse como naturalmente mórbido o vicioso, a pesar de que ciertos momentos sí lo eran: tenían complejos sistemas en materia de política y comercio que eran muy efectivos, pero eran conscientes de haber cometido errores: estaban agradecidos con sus dioses, aunque en ocasiones lamentaban la crueldad de sus divinidades; criaban a sus hijos para que hicieran lo correcto por su propia gente y se avergonzaran del egoísmo, aun cuando algunas personas mostraban a veces ese rasgo; creían profundamente en que debían apreciar la vida: bailaban de alegría, cantaban sus poemas y les encantaba un buen chiste; no obstante, mezclaban los momentos de ligereza, humor e ironía con las ocasiones cargadas de patetismo o gravedad. No podían soportar un piso sucio, porque parecía indicar un desorden más profundo; sobre todo, eran flexibles: a medida que las situaciones

cambiaban, demostraron repetidamente ser capaces de adaptarse. Eran expertos en sobrevivir.

Un día, en una biblioteca, algunas palabras en náhuatl de uno de los textos de Chimalpahin cayeron de repente en su lugar y escuché a una inhueltiuh, una hermana mayor mexicana, que les gritaba a sus enemigos: la habían capturado y ella exigía que la sacrificaran. Sorprendentemente, se desvió del guión que, según me habían enseñado, uno debía esperar: no amenazaba a sus enemigos ni sucumbía ante ellos como una víctima maltratada, ni estaba prometiéndolo, moralista o fatalistamente, morir con el propósito de apaciguar a los dioses y mantener intacto el universo; no, estaba furiosa por una situación política específica sobre la que, finalmente, yo había leído ya lo suficiente como para comprenderla: estaba demostrando su arrojo. En ese momento, comprendí que esas personas a las que estaba empezando a conocer comprendiendo sus propias palabras eran demasiado complejas como para encajar en los marcos que les habían sido impuestos desde hacía mucho tiempo, unos marcos basados en las fuentes antiguas: los silenciosos restos arqueológicos y los testimonios de los españoles. Sus creencias y prácticas cambiaban a medida que las circunstancias lo hacían, y solamente al escucharlas hablar sobre los acontecimientos que experimentaron pude llegar a comprenderlas realmente. No podía acercarme a su mundo con una comprensión preconcebida de quiénes eran ni en qué creían, para después aplicar esa visión como la clave para interpretar todo lo que dijeron e hicieron: solamente avanzando con sus propios relatos de su historia, prestando mucha atención a todo lo que ellos mismos expresaron, pude llegar a comprender sus creencias en evolución y su sentido de sí mismos en transformación.